



Álvaro
Pombo

La transformación
de Johanna
Sansíleri



DESTINO

La transformación de Johanna Sansíleri

Álvaro
Pombo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1288

© Álvaro Pombo, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2014
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2014

ISBN: 978-84-233-4789-6
Depósito legal: B. 2.751-2014
Impreso por Rotapapel
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Johanna Sansíleri, la hermanastra de mi madre, fue también tía carnal nuestra, en menos denso, claro, que otras tías carnales. Nunca, que yo recuerde, llegamos ninguno a llamarla «tía Johanna», como si, dada su desusada manera de hacer todas las cosas, considerarla tan carnal como las otras fuese ofensivo. El pensamiento de Johanna tenía dos escorrentías que venían a morir o a renacer en dos anchos valles con dos distintos ríos: una vertiente espiritual y otra rural. Lo rural le vino en parte de su matrimonio con Augusto D'Alembert, un gran pelma, lo que se denominaba entonces corredor de bolsa. Lo rural le vino, quizá también, más como refugio y como asubio de su inverosímil matrimonio, que porque hubiese sido Johanna misma, de joven, de campo.

Estas dos escorrentías, sin embargo, no rebasaron sus primitivos depósitos hasta después del fallecimiento de Augusto. Como si fueran dos ilicitudes o conjuntos ilícitos de propensiones que requerían, para su desarrollo, una peculiar situación de libertad. La viudedad fue esa situación. Sólo una vez viuda, pudo Sansíleri ser sí misma, con gran enojo

de la propia interesada, que justo en ese instante empezó a sentirse consigo misma malagusto. Y con razón. Toda la esencia de Sansíleri dio la impresión, de pronto, en la viudez, de ser un resultado sin sus propias premisas. Un comentarista hegeliano describiría la esencia de Sansíleri hasta la fecha de la muerte de su esposo como una mera exterioridad, una esencia inesencial que sólo hubiera conservado dentro de sí el brillo que otro le da, en este caso el pobre Augusto D'Alembert y su circuito de corretores de bolsa y sus esposas y demás familias. Toda la viudedad, pues, como herencia, con toda su viudez auestas, como una distinción connatural y física, como una esbeltez o una elegancia inconfundibles, se convirtió en enojo y en un hallarse Johanna Sansíleri malagusto consigo misma y su verdad desnuda. Era un resultado rebrillante y hermoso, carente de probidad y silogismo, según ella.

Esta inmensa insatisfacción consigo misma se implantó en Sansíleri poco después de la muerte de Augusto. Y durante un año, quizá algo más, pareció coincidir con los tramos de un duelo. Así se interpretó en su familia y en la familia de Augusto: ambas familias entendían que aquel retirarse de Johanna a su casa del verano en medio de un parque (parque, por cierto, que Johanna heredó con la casa, y que fue reduciéndose de tamaño con el paso del tiempo, en parte debido a una expropiación forzosa del Ayuntamiento, y en parte porque la propia Johanna Sansíleri fue vendiendo parcelas, hasta por fin quedarse sólo con lo que vendría a ser hectárea y media de bellos árboles centenarios y una huerta en

la parte de atrás, donde daban las dependencias del servicio y una inmensa cocina) fue su manera de guardar luto por la muerte de Augusto. Un dolor, se entendió, que resultaba desproporcionado y en cierto modo inverosímil para un matrimonio que se había caracterizado por una cierta conllevancia educada, sin grandes expresiones amorosas y sin hijos. Augusto tenía fama de soso también entre los suyos. Johanna, en cambio, tenía fama de todo lo contrario: pasaba por ser extraordinariamente apasionada y expresiva, maniaco-depresiva, o ciclótica —se decía—, con ese rotular indocumentado de la buena sociedad del norte que ha oído el campaneo de la psiquiatría junto con nociones de heráldica y de historia universal. Se consideraba que Johanna Sansíleri tenía que estar sufriendo mucho ahora, aunque al mismo tiempo, con cierta sensatez, se consideraba que esta idea, este dolor de viuda, no acababa de casar con el amor de esposa que nunca sobrepasó los adecuados límites del buen tono. A los cincuenta años era Sansíleri todavía tan bella y tan lejana como cuando se casó con Augusto a los treinta. Venía del extranjero, hablaba todos los idiomas, comprendía a todo el mundo, se dejaba invitar en todas partes, no era del todo de este mundo ni del otro. A ratos parecía ensimismada y a ratos exaltada y alterada. De ahí venía lo de maniaco-depresiva: del hecho perceptible de que pasaba, de un momento a otro, de un extremo a otro, sin más explicaciones.

Tuvo sus enemigas —esto es digno de tenerse en cuenta— entre sus familiares femeninos más ape-

gados al hogar y con más hijos. Y tuvo también Sansíleri, como una reina, sus castos incondicionales, sobre todo uno: un corredor de bolsa, amigo del marido, con un título pontificio: un caballero, hereditario, de la Orden del Santo Sepulcro. Este caballero, Adolfo, contempló la viudedad de Sansíleri desde lejos, como una propiedad inmobiliaria que, inmóvil hasta entonces, tras el fallecimiento del marido comenzó a moverse como un navío amenazador entre la bruma de la bocana del puerto. Debe indicarse que nunca, ni de casada ni de viuda, interesaron a Sansíleri sus incondicionales tanto como sus grandes enemigas, sus coetáneas, hermanas y hermanastras, primas inclusive de segundo grado, del lado D'Alembert. Estas fértiles criaturas odiaron desde un principio a Sansíleri, con aborrecimientos minuciosos, dotadas, en opinión de Sansíleri, de una penetración psicológica y una autenticidad (bien que maligna) que para sí quisieran los incondicionales masculinos. En sus enemigas familiares halló Sansíleri —sin llegar del todo a darse cuenta las interesadas— una guerrilla permanentemente en armas que aguzaban la intensa voluntad autocrítica de Johanna. En sus enemigas se reconocía, mientras que la mirada de sus incondicionales la diluía inútilmente en una sosa e insignificante autoindulgencia. Toda una analítica del yo exterior de Sansíleri, que alcanzaba con frecuencia también a sus entrañas, se desplegó con ocasión de esas enemistades, que le servían para recordar en sus momentos de más íntima sensación de triunfo, que, a pesar de todo, era mortal.

¿Fue Sansíleri quien produjo y propagó la idea de Augusto como un gran pelma? ¿Era Augusto un pelma, en sí mismo considerado? La respuesta es que no. Era una persona minuciosa, ordenada, trabajadora, responsable, muy bien educado, un marido atento, tenía un encanto como anglosajón. De joven, desgarrado, ojos azules, sorprendidos a ambos lados de una nariz correcta. Y no ganchuda o prominente o chata. Visto de perfil, daba un correcto perfil inglés, de joven. Soso, pues. Tenía la gracia sosa, comedida, higiénica, de un caldo de pollo hervido sin pellejo junto a una zanahoria, una patata y un puerro. Esto es sano, aunque no sea estimulante y, tomado recién hecho, es muy satisfactorio, siempre y cuando no se tenga el paladar hecho al estrépito de guisos rebuscados. Era un hombre de infusiones, de boldos, tilas, manzanillas, poleos, con el ocasional picante de un escaramujo rojo. En el mundo de las infusiones el escaramujo es *risqué*. El concepto de infusión, que es, de por sí, rico de sobra, no incluye, sin embargo, el concepto de excitación, ni, si me apuran, tampoco el de existencia. Una infusión da una paz. De esta paz no se sigue necesariamente un tedio ni un plomo ni un pelma. Ni mucho menos la kantiana paz perpetua. Es una sencilla paz cotidiana, compatible con un moderado ejercicio físico y un aplicado sentido del cálculo y del deber.

Augusto D'Alembert no fue un novio romántico: era ya, de novio incluso, muy marido. ¿No es esto, de hecho, un signo de gran espiritualidad y perfección? Sí y no —decidió, desde un principio Johanna Sansíleri—, y, en función de esta dualidad,

produjo el concepto de lo pelma y lo igual, que representaba, aplicado a este caso y a sabiendas de Sansíleri, una injusticia.

La muerte de Augusto tardó en abrirse paso en la conciencia de Johanna. Quienes consideraron que estaba de duelo y que por eso no se dejaba ver, acertaron más, incluso, de lo que creían. No acababa de ser un duelo fuerte, como si los sentimientos de Johanna se correspondiesen ahora con un Augusto más vivo y característico que nunca, más él mismo, día tras día, en esa su profunda retirada del tiempo común de los mortales. Retrocedía y se rehuía a la vez que reaparecía y se aproximaba, con una regularidad de alto empleado, más responsable ahora que nunca, ahora que el tiempo *was not money any more*. Este oleaje tan eurítmico se correspondía tan adecuadamente con el recuerdo de Augusto, que algunos días no se levantaba Johanna de la cama, con *Vigilius* enroscado a los pies, que Agapia llegó a pensar que de semejante depresión jamás saldría la señora.

No era, sin embargo, depresión lo de Johanna: era asombro. Nunca en presencia de su marido había Johanna Sansíleri sentido su presencia tanto como ahora, en su ausencia, la sentía. Durante horas, a veces. Llana, leve y puntual, como había sido siempre, sólo que ahora, aureolada por su no presencia, nimbada por su irrecuperabilidad como un anillo perdido que se deslizó del dedo, durante el baño en un arroyo.

Era asombrosa la voz que ahora oía en el recuerdo: no me quisiera, Johanna, estarme ya muriendo.

Tan poca cosa he sido, que ahora se abulta lo poco que tuvimos, los veranos a la hora de la siesta nos parecían tan largos. Tantísimos años contigo. Van a ser veinte, van a ser nada...

Que Johanna fuese quien, de hecho, reconstruía, en su asombro, la voz de su marido —y que Johanna fuese consciente de que esa voz era impostada por la propia Johanna— no restaba verosimilitud al efecto: al contrario, ser consciente de que en parte reinventaba las frases de Augusto moribundo, no les confería menos vivacidad: como una canción estilizada, una nana, no pierde realismo al ser reproducida en la voz de una soprano, la más artificiosa de las voces.

Mientras estaba en esto, no se preguntó nunca Johanna cuánto duraría: era obvio que aquellas reminiscencias no tenían utilidad, no tenían por objeto proporcionar conocimiento, sino, como una emoción estética, intensificar todo lo posible el efecto esbozado que se busca a sí mismo. Al tratarse de un objeto desaparecido, la regla de producción de sus apariciones combinaba diabólicamente objetividad y subjetividad en el objeto recordado. De algún modo era imposible decidir, de una vez por todas, si Augusto había pronunciado realmente al final esas frases, que ahora Johanna recordaba, o si las había pronunciado con aquel acento. Johanna tenía la impresión de que el tono de voz de su marido se había ido apagando a medida que se debilitaba físicamente, de tal manera que había que acercarse mucho a él para oír con claridad lo que decía. Este efecto se combinaba con otro, asombroso también y no carac-

terístico de Augusto: su entrecortada locuacidad de moribundo. Se quedaba dormido hablando a su mujer, como arrullándose.

Lo que en definitiva creció en la conciencia de Johanna, como un fogonazo, fue una sensación compuesta toda ella de desazón y de angustia: estoy arrepentida, me estoy arrepintiendo.

A los cincuenta años de edad y cuando ya la cosa no tenía remedio, Johanna Sansíleri comenzó a construir un objeto, como un gusano creciente, en su propio interior: el arrepentimiento de su vida pasada. ¿Cómo es posible vivir veinte años seguidos con una persona y tener que reconocer, una vez fallecido, que hemos sido injustos con ella? ¿Y cómo es posible el arrepentimiento? ¿Es el arrepentimiento posible? Si el arrepentimiento ha de ser posible, tiene que implicar un cambio de dimensiones macrogeológicas en el alma del arrepentido. Esto fue lo que Johanna Sansíleri descubrió a medida que iba, en su duelo, reconsiderando la desconsideración —menor, si se quiere— que tuvo en vida por su marido. Y era un asunto característicamente interior y no exterior: no es como si Johanna hubiese sido infiel a Augusto o cualquier otra vulgar desconsideración al uso. Era, simplemente, que no le había justipreciado al considerar que era sólo soso y serio.

Como quien se asoma fascinada a un precipicio, decidió Sansíleri que no hacía falta cometer una gran injusticia con alguien para saberse, o ser o haber sido, auténticamente injusta con esa persona. Basta ser consciente de una única pequeña injusticia.

El arrepentimiento de Johanna Sansíleri fue fuerte, pero informe: como un fuerte arrebató de ira que descompone a trompazos cuanto encuentra ante sí, y que, sin embargo, no puede, por su propia naturaleza, consumirse ni consumarse nunca del todo. Tenía todas las notas propias de quien lamenta haber malbaratado un bien. Quien se reprocha haber, por su propia culpa, perdido algo que tenía a mano y que era bueno tal y como era. Pero el caso es que Sansíleri nunca había negado que Augusto fuese un buen tipo, un buen marido, un buen hombre, un buen compañero incluso, tolerante y paciente con las exageraciones y excentricidades de Johanna, que eran muchas, aunque tuviesen gracia y fuese fácil ver en ellas la vehemencia y franqueza de su carácter. Sansíleri reconoció siempre que su propia popularidad y fama entre las gentes de su círculo, su fortuna personal, su belleza viva y delgada y relampagueante, romántica, la idea por todos admitida de que era una novia única, un ser único, un premio maravilloso para cualquiera que por fin lograrse llevarla al altar, todo eso, tenía la contrapartida de su excentricidad. No era persona fácil de llevar, ni del todo persona que se dejase querer o adivinar, y ni siquiera —Johanna siempre supo eso de sí misma— alguien que supiese bien lo que quería y a quien por tanto pudiese prestarse una ayuda definitiva en conseguirlo. Era una criatura salvaje dentro de la elegante sociedad, un tanto momificada, de la posguerra española en el norte. Era única en su género, inaccesible, que llevaba camino de quedarse soltera por exceso de dones y de éxito entre los chicos de su

generación. Era una chica rica, alta, bellísima, que evocaba de algún modo las atractivas *blue stockings* de Bloomsbury. Le encantaba discutir de filosofía y de arte. Detestaba —sin demostrarlo mucho— la compañía femenina de sus coetáneas. La gran enfermedad, el gran desastre, lo imperdonable, fue para Sansíleri siempre el aburrimiento. La existencia entera brillaba demasiado, se desvanecía y regresaba como un oleaje. Había que estar al día, estar al tanto, capturarlo todo, ganarlo todo, perderlo todo, ser más, ser todo. De entre todos sus pretendientes, el más inverosímil, con mucho, fue Augusto D'Alembert. ¿Por qué a los treinta años decidió Johanna casarse con aquel amable, tranquilo y soso Augusto, cinco años más joven?

Que se sintiese Sansíleri ahora asombrada ante la presencia irreal de su marido y que percibiese como injusta la pequeña injusticia que cometió con él toda su vida al considerarle soso, ¿no era, este asombro, injusto a su vez, también, y más injusto aún que haber pensado que era soso o que haber propagado, delicadamente, entre sus amistades, que lo era? Que se sintiese asombrada ahora —Sansíleri sintió de pronto— era una señal inequívoca de su pobreza espiritual. ¿No venía este asombro a ser como la adquisición de un nuevo objeto, un bibelot, un interesante cuadro, una interesante pintura de un paisajista inglés, una curiosa *conversation piece* adquirida a bajo precio años atrás en un viaje? ¿No revelaba este asombro toda la insustancialidad de su carácter? Mis sentimientos me asombran como pavos reales, como pozas sin fondo, como sortijas,

como culebras, como árboles extraordinarios, secuoyas, como una tuya roja de dieciocho metros de altura, como un yo rebuscado, músico, variable, incesantemente seductor, mis sentimientos me asombran —llegó a pensar—. Este asombro es la raíz del mal, la raíz de mi banalidad más profunda. ¿Qué más da que me asombre o no? ¿No merece Augusto más duelo que este estúpido asombro que me embarga al sentir que fui injusta con él, al sentirme ahora arrepentida?

Vigilius, que ha notado el sobresaltado latir del corazón de Johanna estos últimos días, ahora se traslada de lo visible a lo invisible con notable frecuencia, como si no pudiera soportar tanta inquietud insustancial. Por un momento, sin embargo, *Vigilius* ha entrado en lo visible una vez más y Johanna Sansíleri observa a su buen gato, sentado sobre sus cuartos traseros con la cola recogida pulcramente alrededor de las patas traseras, observándola fríamente. Se le ocurrió este nombre, *Vigilius*, para este gato que le regaló años atrás Augusto, en honor al célebre seudónimo del autor de *El concepto de la angustia*: *Vigilius Haufniensis*.

Tenía Sansíleri ahora todo el tiempo por delante y Augusto, ahora, se veía borroso, como en una foto colectiva, disociado entre las imágenes de sus contemporáneos. Como si estuviese en retirada, como si desease tranquilizarla y dejarla en paz deshaciéndose. No perdura el recuerdo, hermosado por la bruma. Perdura la belleza de las cosas perdidas, el sentimiento nostálgico sin claridad urdiéndose en la conciencia con la tenacidad de un hábito, como un

vicio. Ésa fue la época en que apenas salía de su cuarto, sentada en su sillón ante la ventana con las cortinas entrecerradas, o tumbada en la cama acompañada de *Vigilius*, sin poder leer, sin querer leer, sin ser capaz de concentrarse: acusándose de no sentir ya la presencia o la ausencia de su marido con un sentimiento vivo, como si la emoción, al irse apagando por falta de referentes sensibles, le fuese dejando sólo con el vacuo proyecto de una relación amorosa que, por su culpa, no fue todo lo que hubiera podido ser.